

# ***Los economistas y la mirada de largo plazo. ¡La Historia debe continuar!***

*Pablo Levín (\*)*

La mirada de largo plazo: la comprensión teórica de la estructura del presente, de cómo ella es el resultado de las transformaciones económicas ocurridas en la sociedad mundial desde las grandes guerras, la reflexión fundamentada sobre la perspectiva histórica, la consiguiente derivación de grandes estrategias de desarrollo social... son materias pendientes en la agenda de los economistas, que les imponen una revisión profunda de sus teorías y de sus fundamentos. Ante esta exigencia, todas las doctrinas económicas consagradas se vuelven sospechosas de encerrar categorías anacrónicas, y en todas puede activarse el concepto vivo, y desecharse la exuvia. En esta página tenemos el espacio justo para enfatizar esta necesidad, y procurar la provocación del debate.

Sabemos, sin lugar a dudas, que las condiciones de supervivencia de la civilización humana son precarias; que la vida misma de nuestra especie está en peligro; que la acechan amenazas espantosas, ciertas, y próximas. Sobre la base de investigaciones de seriedad incuestionable, se reclaman a diario acciones que deberían llevarse a cabo en plazos dramáticamente perentorios. El mensaje no puede ser más dramático: o cambiamos rápida y drásticamente nuestro modo de vida, o en pocas décadas sobrevendrán catástrofes ecuménicas, acaso irreversibles. Para una porción gigantesca de la población humana, hundida en la pobreza y en la indigencia, privada de los beneficios de la civilización moderna, el siniestro trágico ya ha ocurrido: la exclusión social de sus familias, el infierno en vida de los inocentes, es un hecho.

Ahora bien, ¿qué tienen que ver con esto los economistas? Los académicos, los profesionales, parecieran creer que poco y nada. Los legos, por su parte (de la misma manera que en caso de urgencia cardiovascular no se pide turno con el dentista), no acuden al economista para abreviar su sed de comprender el presente histórico, y de razonar sus acciones en todos los órdenes sobre la perspectiva de mediano o largo plazo. Acaso le reconocen idoneidad en el análisis de cuestiones más inmediatas, más locales, más centradas en la coyuntura financiera, monetaria, comercial. El público ve a los economistas manejarse con soltura cuando se trata de opinar sobre la inflación, de discutir la conveniencia de endurecer o ablandar el marco regulatorio del comercio, de modificar ciertas prácticas contables para hacer más transparente y previsible el subibaja de los negocios...

Pero los asuntos que atañen al destino de la civilización parecen estar fuera del alcance de las nociones de la micro y de la macro, y más allá también de preocupaciones de los economistas; acapara la atención de éstos, en cambio, la incesante renovación de los tropiezos coyunturales del mundo económico.

Muestran fascinación casi fetichística por los altibajos de ciertos indicadores convencionales, abstractamente agregados y usualmente circunscriptos a un país (como el nivel general de la ocupación, del producto, del ingreso, del consumo, de la inversión), como asimismo los tipos de cambio y las tasas de interés, etc. Cuando los gurúes económicos pasan por alto las limitaciones conceptuales y los errores cuantitativos que estos indicadores conllevan; cuando al centrar su atención en ellos hacen caso omiso de las condiciones del progreso humano y sus condiciones históricas, e insisten en que la salud de la economía depende de la *confianza*... del público, de los inversores, su discurso se torna tragicómicamente banal.

Guiándose, en cambio, por la opinión fundada de científicos formados en las ciencias naturales, la opinión pública de la época tiene la intuición cierta y dramática de la situación común y del destino único de todos los grupos humanos: cada día es más evidente para ella que somos parte de una misma estructura social general, la cual es inextricable de la trama y la urdimbre única de la vida en el planeta Tierra... Los niños aprenden en la escuela que la atmósfera terrestre es una sola, y que lo son también como un todo el agua potable, la tierra vegetal, la variabilidad genética, la regularidad de los ciclos climáticos. También la filosofía, la ciencia, el arte, los tesoros del germoplasma. Sin embargo, acostumbrados a convivir con la certeza de que las calamidades más terribles están a la vuelta de la esquina, nos sucede algo extraño: sabemos que por allá está la realidad del mundo, la cual, de algún modo, alguna vez, deberemos asumir; pero que acá están los problemas prácticos, acuciantes, ineludibles, perentorios *hic et nunc!*

He aquí, pues, que la mentalidad de la época en la que “las económicas” se han convertido en profesión, está fragmentada. Los grandes bloques de objetos representados en ella entran en contacto unos con otros, pero no se integran: nadie ignora que hay una relación práctica entre estructura y coyuntura, ya que los patrones predominantes de producción y de consumo son incompatibles con la conservación ambiental. Pero las líneas de contacto entre las dos esferas de la representación fragmentada cruzan zonas distantes de las preocupaciones de los economistas. El potencial integrador de los conceptos económicos está desatendido: lo malo de usar anteojeras enfocadas en lo inmediato es que la coyuntura se vuelve ininteligible: “mirarla” sin la necesaria perspectiva, es como observar un gran clásico de un deporte desconocido. No se entiende qué pasa en la cancha. Poco cambia este cuadro de obnubilación esquizoide, el que algunos economistas se especialicen en cuestiones ambientales, energéticas, etc., y se unan a geólogos, biólogos, bioclimatólogos, meteorólogos, geodestas, demógrafos, etc., ayudándoles a dar forma articulada al clamor premonitorio... e impotente. Su discurso reclama decisiones vagamente indicadas, “exigiendo” en vano que los políticos, los diplomáticos, los gobiernos, los seres racionales en general, asuman sus responsabilidades y establezcan los acuerdos necesarios... Poco ayuda a definir y concretar las acciones necesarias el consultor económico, sumándose a equipos interdisciplinarios donde adoptando la jerga internacional

estandarizada, acepta la consigna implícita: ¡los fundamentos conceptuales de la teoría económica ya están establecidos, y no se tocan!

Porque son justamente esos fundamentos los que están en cuestión. Las preguntas sobre la encrucijada de la historia, sobre el presente escenario mundial de la lucha de clases, sobre los obstáculos, las condiciones, y las perspectivas de progreso de la civilización, imponen exigencias extremas sobre los conceptos básicos de la ciencia económica. En vez de inquirir acerca de cuáles son los intereses y los temas favoritos de los economistas profesionales (pregunta eminentemente sociológica); en lugar de interrogarlos acerca de si el destino de la humanidad figura entre los temas de su incumbencia, nos obliga a *retomar* fases pretéritas de la historia de la ciencia económica... algunas prolongadamente interrumpidas; por ende, a remontarnos más allá de los "papers" publicados durante las últimas décadas en revistas de prestigio generalmente reconocido (dicho sin ironía). Comprobaremos que asegurar a la humanidad los beneficios del progreso universal y, para ello, comprender cabalmente las condiciones de la civilización, y basar en ellas la vida institucional, las leyes y las políticas, fue en el pasado la cuestión central de la ciencia económica. Es indudable que hoy no puede ser otra.

Pero, si las calamidades sociales y ambientales que nos amenazan son consecuencia del modo de vida vigente, debemos entender cómo y porqué esto es así: cuáles son las particularidades históricas del sistema social vigente y por ende cuáles son las condiciones sociales y políticas concretas de su transformación. Comprenderemos que no es posible evitar *las consecuencias* del modo de vida vigente, ni su agravamiento acelerado, si no se logra construir una civilización basada en principios que resulten del pleno desarrollo y realización de los presentes. Pero no basta invocarlos, sino que debemos precisarlos en programas definidos y concretos; no es posible olvidar que durante la historia moderna, los crímenes más atroces contra la humanidad se han cometido en nombre de principios bellos y elevados: civilización, honor nacional, libertad, igualdad, democracia, socialismo. En lo que atañe al metabolismo social: a la vida humana como proceso natural en el planeta Tierra, el papel de los economistas no es determinar qué debe hacerse sino quién, y en virtud de qué forma y estructura concreta de relación humana. ¿Puede la ciencia económica proporcionar los fundamentos concretos de una estrategia histórica de transformación social?

(\*) Profesor Titular Consulto Universidad de Buenos Aires  
Director del Ceplad (Centro de Estudios para la Planificación del Desarrollo)  
Autor de *El capital tecnológico*, Primer Premio Nacional de Economía.